

Segundo Domingo de Adviento A2022

La semana pasada con el primer domingo de Adviento hablé del sueño de Dios de reunir a todos los pueblos de la tierra en el monte de su casa donde vivirán en paz y armonía. En las lecturas de hoy Dios promete un Mesías que cumplirá ese sueño de reunir a todos los pueblos de la tierra, incluidos los gentiles, y gobernarlos con justicia y juicio.

Isaías nos dice que el Mesías vendrá de la descendencia de David, del tronco de Jesé. Será lleno del Espíritu del Señor. Juzgará con equidad y decidirá con rectitud. Bajo su vigilancia reinará la verdadera paz no sólo entre los seres humanos, sino también en el mundo cósmico.

Como dice el profeta, en ese tiempo “el lobo habitará con el cordero; la pantera se echará con el cabrito; el novillo y el león pacerán juntos y un muchacho los apacentará. La vaca pastará con la osa y sus crías vivirán juntos. El león comerá paja con el buey. El niño jugará sobre el agujero de la víbora; la creatura meterá la mano en el escondrijo de la serpiente”. Habrá un tiempo de paz en el monte santo, donde la tierra será llena del conocimiento de Dios.

Esta es la promesa que nutrió la memoria colectiva del pueblo de Israel a lo largo del meandro de su historia. Incluso cuando pasaron por los altibajos de la vida, en tristezas y alegrías, nunca pasaron por alto la promesa de Dios de enviarles un Mesías. La promesa de Dios fue su apoyo en tiempos difíciles y su motivación en situaciones desesperadas.

Por eso dice San Pablo: “Todo lo que en el pasado ha sido escrito en los libros santos, se escribió para nuestra instrucción, a fin de que, por la paciencia y el consuelo de las Escrituras, mantengamos esperanza”. Pero esto no es una esperanza para nada. Es la esperanza de Jesucristo en quien Dios ha cumplido la promesa hecha una vez a los patriarcas.

Este tiempo de Adviento es un período de anhelo de que Jesús venga de nuevo para liberarnos de la esclavitud del pecado. Así comprendemos la fuerza de las palabras de Juan Bautista dirigidas a sus compatriotas, invitándolos al arrepentimiento.

Para entender mejor el llamado de Juan, necesitamos saber que Jerusalén era una ciudad rodeada de desierto. Cuando alguien importante tenía que venir a la ciudad, había que salir al desierto para hacer un camino visible, tapar los huecos, allanar los obstáculos y reparar los puentes. Esto es lo que inspiró el mensaje de Juan Bautista sobre la venida del Mesías. Estaba a punto de llegar alguien más poderoso que él, alguien cuyas sandalias no era digno de desatar.

Como puede verse, Juan utiliza una metáfora para aplicarla a la realidad. Este camino del que habla no se hace en la tierra sino en el corazón de cada uno; no se construye en el desierto sino en la propia vida. Para construirlo no es necesario dedicarse al trabajo material sino a las obras de conversión. El hombre es como una ciudad invadida por el desierto; está encerrado en sí mismo, en su egoísmo; es como una casa con moho y un techo con gotera. Necesita una reparación para poder sobrevivir.

Como el pueblo de Israel, nosotros también tenemos que arrepentirnos de nuestros pecados. Tenemos que estar a la altura de los altos estándares de vida. Como el

pueblo de Israel, tenemos que preparar el camino en nuestro corazón para el Señor. Tenemos que enderezar sus caminos para que cuando venga, dondequiera que venga y comoquiera que venga, nos encuentre preparados y listos.

Uno de los puntos en los que hoy es necesaria nuestra conversión es la caridad. La Eucaristía es el sacramento de la caridad por excelencia. Muestra el amor de Jesús por nosotros cuando dio su vida en la cruz por nuestra salvación. Tenemos que imitarlo porque la caridad es la esencia de la santidad.

Tenemos que aceptar continuamente purificarnos a través del sacramento de la confesión para reconciliarnos con Dios y con nuestros semejantes. Tenemos que luchar contra cualquier cosa en nuestra vida que sea un obstáculo en el florecimiento de nuestra relación con Jesús. Tenemos que dejarnos transformar por la palabra de Jesús y cambiar nuestra mente, nuestra conducta y nuestra vida en consecuencia.

De nada sirve reclamar el privilegio de nuestra familia como los judíos que creían que simplemente porque eran descendientes de Abraham, tenían una garantía para la salvación. No, esto no es suficiente; aunque a veces puede funcionar en política; sin embargo, no puede funcionar para nuestra relación con Jesús. No podemos vivir del capital espiritual o herencia de nuestra familia.

Este es el momento de la elección y decisión personal. No podemos reclamar la salvación en aras de un pasado heroico de nuestros parientes. Es como un criminal que reclama su inocencia por los méritos de su padre o madre honestos.

Por eso, en este segundo domingo de Adviento, Juan nos invita al arrepentimiento. Una otra cosa de las que tenemos que arrepentirnos es también nuestro orgullo, ese vicio que nos empuja a estimarnos mejores que los demás. El mismo Juan nos da un ejemplo de humildad al reconocer que el que viene después de él es más grande que él. Tenemos que humillarnos y reconocer quiénes somos verdaderamente como simples seres humanos, frágiles, débiles y pecadores. Cualquiera que sea nuestro estándar social, somos simples seres humanos como cualquier otro, y no dioses.

Sin arrepentimiento, no hay forma de disfrutar el perdón y la salvación de Dios. Un verdadero arrepentimiento no radica simplemente en un dolor sentimental, sino en un verdadero cambio de vida. Después de todo, un verdadero arrepentimiento debe producir frutos como evidencia y resultado del cambio que hemos experimentado. Esta es la exigencia de este segundo domingo y por la que tenemos que luchar. Pidamos al Señor que por la gracia de su Espíritu Santo nos ayude a aprovechar este maravilloso tiempo para acercarnos a él y arrepentirnos de nuestros pecados. ¡Dios los bendiga!

Isaías 11: 1-10; Romanos 15: 4-9; Mateo 3: 1-12



Fecha de la Homilía: el 4 de Diciembre, 2022
© 2022 – Padre Felicien I. Mbala, PhD, STD

Póngase en contacto: www.mbala.org

El nombre de Documento: 20221204homilia.pdf